III

PERO al año siguiente y hacia la misma época, me invadió nuevamente, como repite una fiebre periódica, el deseo de ir á Italia. Decidíme de pronto á emprender el viaje, porque las visitas á Venecia, Florencia y Roma son esenciales para la educación de una persona culta. Esto, además, proporciona en las relaciones sociales muchos motivos de conversación y permite menudear ciertas artísticas vulgaridades, que parecen siempre oportunas.

Entonces viajé solo, llegando á Génova como el año anterior y á la misma hora, pero sin aventuras de viaje. Fuime á dormir al mismo hotel, ¡y me dieron casualmente la misma alcoba! Apenas me acosté, sentí palpable y vivo el recuerdo amoroso que desde la víspera flotaba en mi pensamiento vagamente, y la imagen de Francesca me turbó con una persistencia extraña.

¿Sentisteis la obsesión de una mujer, que renace cuando pasó mucho tiempo, al volver al sitio donde la pretendisteis ó la gozasteis?

Es para mí una de las emociones más violentas y dolorosas. Imagino que de un instante á otro debe aparecer, sonreir, ofrecerme sus brazos. Su imagen, vaporosa y clara, se presenta, huye, vuelve y desaparece. Tortura como una pesadilla, sobrecoge, inunda el corazón, excita los sentidos con su presencia real. Los ojos la ven; se nota su perfume favorito; percibe la boca el sabor de sus besos, y toda la carne la caricia de su carne. Sin embargo, sé que no hay nadie conmigo, que allí estoy solo, y padezco la turbación extraña de aquel delirio evocado. Una tristeza insoportable y dolorosa me domina. Parece que me abandonan para siempre. Todos los objetos que me rodean adquieren una significación desconsoladora, arrojando al corazón y al alma una impresión horrible de aislamiento y desamparo. ¡Ah! ¡No volváis nunca, no volváis al pueblo, á la casa, al bosque, al jardín, al banco donde hayáis tenido en vuestros brazos á una mujer deseada!

Toda la noche me torturó el recuerdo amoroso

de Francesca, y poco á poco el deseo de volver á verla se apoderaba de mí; un deseo confuso al principio, luego más claro, más agudo, ardiente. Y resolví pasar en Génova un día para buscarla. Si no lograse verla, tomaría el tren de la noche.

Por la mañana comencé mi indagatoria. Recordaba perfectamente las señas que me había dado al despedirse: «Calle Víctor Manuel, Pasaje Falcone, Travesía de San Rafael; casa de un mueblista, al fondo del patio, á la derecha.»

Sin la menor dificultad llegué á la puerta que buscaba y llamé. Una voluminosa mujer, que habría sido muy guapa en sus tiempos y era ya solamente muy sucia, salió. A pesar de su excesiva gordura, conservaba cierta majestad que acompaña siempre á la belleza. Los mechones de su cabello despeinado caían sobre su frente y sobre sus hombros, y se veía flotar, bajo su vestido lleno de lamparones, toda su carne fofa. Lucía un enorme collar dorado y en ambas muñecas brazaletes monumentales en filigrana de Génova.

—¿Qué desea usted?—me preguntó con expresión hostil.

—¿Vive aquí la señorita Francesca Rondoli?

—¿Para qué necesita usted saberlo?

—Hace un año tuve la satisfacción de conocerla, y desearía saludarla...

—¿Dónde la conoció usted?—preguntóme la mujer, observándome con cierta desconfianza.

—Aquí mismo, en Génova.

—¿Cómo se llama usted?

Dudé un momento y dije mi nombre. Apenas lo hube pronunciado, la italiana hizo un ademán como si quisiese abrazarme.

—¡Ah! Es usted «el francés». ¡Cuánto me gusta verle! ¡Cuánto me gusta! Pero ¡qué malos ratos hizo usted pasar á la pobre niña! Le aguardó un mes, caballero; un mes. Creyó que vendría usted á buscarla inmediatamente. Sí; era la prueba para ver si usted la quería mucho. ¡Lloró tanto al convencerse de que usted no vendría! ¡Lloró amargamente! Y luego fué al hotel; usted se había ido. Ella creyó que viajaba usted por Italia, que volviendo á Génova la buscaría usted. Estuvo aguardando más de un mes; triste, siempre triste... ¡Soy su madre!

De pronto me sentí bastante desconcertado: luego recobré mi serenidad, y dije:

—¿Pero no está en casa?

—No, caballero; ha ido á París con un pintor, un guapo mozo que la quiere mucho y que satisface todos los caprichos de la pobre criatura. Mire usted, mire usted lo que me ha enviado á mí, á su madre. Muy bonito, ¿verdad?

Y me iba enseñando con animación meridional los grandes brazaletes que ceñían sus carnosas muñecas, y el pesado collar que lucía en su garganta; luego prosiguió:

—Tengo también unos pendientes con piedras preciosas, un vestido de raso y sortijas; pero no me las pongo por la mañana; me las pongo solamente hacia la tarde, cuando me visto para salir. ¡Oh! ¡Es dichosa Francesca; muy dichosa! ¡Se alegrará cuando sepa que usted ha venido! Se lo escribiré... Pero entre usted, caballero, siéntese y tome alguna cosa. Entre usted.

Yo me negaba; quería irme en el primer tren. Pero la mujer me cogió de un brazo y me arrastraba, repitiendo:

—Entre usted, caballero, para que yo pueda escribir á mi hija que usted ha estado en casa.

Y me llevó á una salita bastante obscura, donde

había una mesa de comedor y algunas sillas. La mujer continuaba:

—Ya es dichosa, muy dichosa. Cuando la encontró usted en el ferrocarril había sufrido un triste desengaño. Su amante la dejó en Marsella. Y la pobre criatura volvía... Ella le quiso á usted mucho, se aficionó á usted desde luego, pero aún estaba triste; ya comprenderá usted. Ahora no le falta nada; escribe diciendo todo lo que hace: su amigo se llama el señor Bellemin; dicen que es un pintor muy estimado en Francia. La conoció en la calle cuando vino á Génova, y la mostró cariño en seguida... Pero es necesario que tome usted alguna cosa... Un vaso de horchata... Es muy buena... ¿Y ha venido usted solo esta vez?

—Sí; enteramente solo.

A la desagradable contrariedad sentida primero, sucedió una gana de reirme, que iba en aumento con las declaraciones de la señora Rondoli. No pude negarme á beber un vaso de horchata.

—¿De manera que viene usted solo? ¡Ah! ¡Cuánto siento que Francesca no esté aquí! Ella le hubiese acompañado hasta su regreso; no es divertido an-

dar solo por esas calles. Al enterarse, la pobre criatura lo sentirá.

Y cuando yo me levantaba para despedirme, añadió:

—Pero si quiere usted que le acompañe Carlota... Conoce muy bien los paseos... Carlota es mi segunda hija.

La mujer creyó que mi estupefacción significaba consentimiento, y acercándose á la puerta interior, gritó en la obscuridad:

—Carlota, Carlota; baja, baja en seguida, hija mía.

Quise renunciar á tanta cortesía; ella no lo consintió.

—Carlota le acompañará; es muy dulce y más alegre que Francesca. Es un ángel, todo un ángel, y la quiero mucho.

Sonaron en la escalera unas pisadas, y apareció una hermosa criatura, morena y gentil, pero también despeinada, y dejando adivinar, bajo el viejo vestido que la cubría, un cuerpo juvenil y atractivo.

La señora Rondoli en un momento la puso al corriente de mi situación:

—Es «el francés» de Francesca, el del año pasado;

ya sabes. Ha venido á buscarla, y vive solo en Génova el pobre señor. Tú puedes acompañarle; ya se lo he dicho.

Carlota, fijando en mí sus ojazos negros, murmuró sonriendo:

—Si él quiere, por mí no ha de quedar.

¿Cómo negarme? Y exclamé:

—Naturalmente; ¡vaya si quiero!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Entonces la señora Rondoli dijo:

—Ve á vestirte, de prisa, muy de prisa: ponte el vestido azul y el sombrero con flores. Corriendo...

Cuando su hija hubo salido, prosiguió:

—Aún me quedan otras dos menores. ¡Cuesta educar á cuatro criaturas! Afortunadamente, la mayor está bien colocada...

Luego, me habló de su vida y de su marido—que al morir estaba empleado en la vía férrea—y de todas las cualidades de su hija Carlota.

Esta se presentó vestida con el gusto de su hermana, de un modo llamativo y extraño.

Su madre la examinaba de los pies á la cabeza, encontrándola muy bien y nos decía:

—Ya pueden irse, y que lo pasen alegremente.

Luego, dirigiéndose á la muchacha con seriedad, añadió:

—Vuelve antes de las diez; ya sabes que cierran á esa hora la puerta.

—Ya lo sé; no te preocupes—respondió Carlota.

Cogióse á mi brazo y salí á vagar con ella por las calles, como el año anterior con su hermana.

Después de almorzar la llevé á Santa Margarita,

recordando la última excursión que hice con Francesca.

Y por la noche Carlota no volvió á su casa.

Durante los quince días de que yo podía disponer, nos paseamos por los alrededores de Génova y me hizo dichoso.

Al despedirnos, Carlota lloraba; la dejé un recuerdo para ella y cuatro pulseras para su madre.

Cualquier día volveré á Italia. Y á un tiempo me inquieta y me complace pensar que la señora Rondoli tiene otras dos hijas.